

CAPÍTULO VII

EL CONFLICTO DE LOS GRANDES LAGOS (1994-2006)

*El cazador busca la pieza,
la pieza no busca al cazador.*

Yaka

EN LA DÉCADA DEL NOVENTA, la descolonización de África Subsahariana había culminado. Otras causas y actores ocupaban los primeros lugares en los conflictos de esos años, a diferencia de los que predominaron en las décadas anteriores. Sin embargo, como analizaremos, aún se manifestaban contradicciones *pospuestas* y el accionar de intereses extrarregionales.

El conflicto que, en mayor medida, ha reflejado las diferentes aristas –nuevas y *pospuestas*– es el de los Grandes Lagos. Muchos son los actores y factores que han confluído en lo que al inicio se denominó *conflicto de los Grandes Lagos* y, posteriormente, algunos han calificado como la Primera Guerra Mundial Africana.

Dicho conflicto se inició en Ruanda y llegaron a participar en el mismo, además de los países directamente afectados (Ruanda, Zaire, Burundi y Uganda), nueve países africanos, más las potencias extrarregionales, donde sobresalieron Francia y Estados Unidos.

En ese conflicto se ha manifestado claramente la correlación subdesarrollo, conflictos y migraciones. Los movimientos poblacionales no solo han sido cuantiosos, sino también de magnitud enorme en tiempos muy breves. La problemática “refugiado” pasó a ser componente del conflicto y manipulada por las fuerzas participantes, así como el factor étnico. Mientras tanto, los actores externos demostra-

ron sus contradicciones e intereses y la ONU, una vez más, demostró su inoperancia.

Para el análisis del conflicto, tendremos en cuenta tres aspectos esenciales:

- el conflicto y los refugiados;
- la actuación de los actores internos, regionales e internacionales;
- el balance de la interrelación subdesarrollo, conflicto y migraciones.

Para comprender en toda su dimensión cómo las contradicciones clasistas se encubren con el manto de la etnicidad, repasemos algunos antecedentes básicos.

En Ruanda no hay una gran diversidad etnolingüística, más bien todo lo contrario: solo está poblado por tres grupos: los tuas, los hutus y los tutsis¹.

La concepción de que los hutus y los tutsis fueran etnias completamente diferentes fue originada y oficializada por la colonización, primero los alemanes y posteriormente los belgas reorganizaron la estructura social ruando-burundesa, definiendo las atribuciones de cada uno de los grandes grupos étnicos que, según ellos, la componían. La población se clasificó de acuerdo a sus rasgos físicos: los tutsis eran los más altos y de facciones más finas, que fueron los aliados del colonizador; se clasificó a los hutus como personas de baja estatura y facciones duras o toscas. Después de Primera Guerra Mundial, los belgas tomaron el control sobre el territorio y profundizaron la política diferenciadora entre uno y otro grupo².

1 Los tuas (1% de la población actual) son considerados los primeros habitantes de la zona. Eran cazadores y recolectores.

Los hutus (85% de la población actual), pertenecientes a los grupos bantú, eran agricultores, dominaban el uso del hierro y provenían de las regiones del noreste. Llegaron a la zona hacia el año 3000 a.N.E. En pocos años, ocuparon gran parte del territorio y desplazaron a los tuas.

Los tutsis (15% de la población actual) pertenecen a la etnia camito-nilótica originaria de Abisinia. Eran nómadas, pastores y guerreros. A partir del siglo XIV, los tutsis comenzaron a instalarse entre los hutus. Finalmente, a través de diversas tácticas, se hicieron del poder. Durante el siglo XIX, fortalecieron aún más su tradición militar.

2 Los tres pueblos no constituían etnias enfrentadas, sino que cada uno de estos grupos sociales estaba vinculado al *muami*, bajo un régimen monárquico sustentado en un contrato de clientelismo. O sea, se manifestaba la división de la sociedad en clases a partir de su vinculación con determinadas actividades, de acuerdo a la jerarquía de cada una de ellas.

Sin embargo, a pesar de que la división del trabajo –en virtud de la cual los hutus eran agricultores y los tutsis ganaderos y militares– le daba el poder económico a

A partir de 1933, la división étnica quedó recogida en el registro civil, en el carné de identidad y el expediente escolar. Con esta medida, los belgas reforzaron la división étnica del país, un nuevo orden que condicionó la historia poscolonial. A pesar de semejante codificación, en muchos ruandeses era prácticamente imposible determinar su etnicidad sobre la base de su apariencia física. Los ruandeses del sur eran generalmente de origen mixto, por lo que muchas de estas personas, ante la duda, eran simplemente clasificadas como hutus. Incluso, en algunos casos, se les entregaba la identificación de “tutsi” por tener alguna fortuna o poseer un ganado numeroso (Melvern, 2000).

La élite de la minoría tutsi, sector explotador que detentaba el poder político, se favoreció para utilizarlos en los mecanismos de la administración social.

También aquí se manipuló el factor étnico para el dominio y sometimiento de la sociedad africana, aunque el poder real lo detentara el colonizador³.

El poder colonial apoyó, fortaleció y favoreció el poder tutsi. En estos años, Ruanda se convirtió en un reservorio de mano de obra barata. Primero se habían dirigido hacia Tanzania y Uganda, más tarde las corrientes de desplazamiento cambiaron y se fortalecieron hacia el Congo –cuando Alemania fue derrotada en la Primera Guerra Mundial y el territorio fuera controlado por los belgas.

En lo que podríamos denominar la pre-independencia, la radicalización y las exigencias de emancipación por parte de la élite tutsi provocaron que la metrópoli cambiara sus alianzas y favoreciera la victoria electoral de la élite hutu y, con ello, el gran éxodo tutsi.

En el año 1961, en las elecciones efectuadas, un sector de la élite hutu accedió al poder. Gregoire Kayibanda se convirtió en el primer Presidente de Ruanda independiente. La monarquía fue abolida y sustituida por un gobierno republicano que proclamó la independencia el 1 de julio de 1962. Tras la independencia, el territorio de Ruanda-Urundi desapareció como unión político-económica.

los tutsis, en la sociedad ruandesa no estaba instituido un sistema fijo y cerrado que impidiera pasar de una categoría a otra.

3 En el censo de 1933, Bélgica terminó por oficializar la clasificación de todos los ruandeses y con ello logró la segregación de la sociedad de una vez por todas. Según Melvern (2000), todo ruandés fue contado y medido: la altura, el ancho de sus narices, la forma de sus ojos, sus orejas. A partir de ese momento, los tutsis pasarían a ser aquellos que eran más altos y de facciones físicas más finas; los hutus, sin embargo, comenzarían a reconocerse oficialmente entre aquellas personas que fueran de estatura baja, de rasgos marcadamente negroides y de cierta corpulencia (Domínguez, 2005).

Entre 1959 y 1963 tuvo lugar una guerra interna que produjo el éxodo de alrededor de 300 mil a 500 mil personas –mayoritariamente tutsis–, que casi en su totalidad se radicaron en Uganda hasta 1994. En 1963 estalló otra guerra civil. Según estadísticas de la época, dejarían un balance de 20 mil muertos (Melvern, 2000: 16).

Entre 1962 y 1967, el poder *hutu* enfrentó los ataques y penetraciones de los grupos tutsis refugiados con apoyo del exterior –protegidos por los himas y los refugiados ruandeses en Uganda– que habían huido entre 1959 y 1961⁴.

Gregoire Kayibanda se mantuvo en el poder durante toda la década del sesenta –y hasta 1972. El gobierno ruandés desató una política discriminatoria que, ocasionalmente, desembocaba en matanzas de tutsis, por ejemplo, de 1967 a 1973⁵.

El régimen poscolonial durante la llamada “Primera República” fue dirigido por Kayibanda, de los hutus del sur. Como se observa, los sectores explotadores propietarios de tierras y la burguesía burocrática –del sur– se vieron favorecidos durante estos años.

En 1972, el Coronel Juvenal Habyarimana, entonces Ministro de Defensa, derrocó a Kayibanda tras un golpe de Estado militar, y se hizo del poder para convertirse en el nuevo Presidente ruandés, el 5 de julio de 1973. Después de la caída de Kayibanda, Habyarimana lideró un gobierno de corte autoritario similar al anterior, aunque favorecido ahora por la elite *hutu* del norte del país, de donde el mismo Hab-

4 Posteriormente, entre 1981 y 1986, en el sur de Uganda, los más de 500 mil refugiados tutsis servirían de base de apoyo a la guerrilla de Yoweri Museveni. Más tarde, esas mismas poblaciones refugiadas conformaron el Frente Popular Ruandés (FPR) y apoyaron las acciones armadas en contra del gobierno ruandés a partir de 1990.

A su vez, esta práctica era utilizada por grupos de otros países –como Burundi–, tal como el Partido de Liberación del Pueblo Hutu (Palipehutu) –calificado como étnicamente belicista– se apoyó en las poblaciones refugiadas para emprender sus acciones en contra del poder de los militares tutsis. En 1986, el Frente para la Democracia en Burundi (FRODEBU) fue fundado en la clandestinidad entre los refugiados en Ruanda.

La utilización de los refugiados para fines políticos y militares no solo se ha circunscrito a Ruanda y Burundi, sino que ha sido cotidiana en las guerras irregulares en el sur de Sudán, desde retaguardias en buena parte de Uganda, sobre todo en el norte; desde retaguardias en el sur de Sudán y en el este de Zaire.

En un elevado porcentaje, estas actividades de guerra irregular han sido apoyadas por los gobiernos de los países receptores, lo que ha contribuido al rejuergo político en torno a los refugiados y a su utilización como un instrumento de desestabilización.

5 Esas matanzas estuvieron dirigidas por el Jefe del Ejército, el entonces Mayor Juvenal Habyarimana. Habyarimana era un *hutu* oriundo del norte de Ruanda que pertenecía a una facción del gobierno que siempre había insistido en que los hutus de sur no eran suficientemente rigurosos con los tutsis.

yarimana era oriundo⁶. Los miembros del Partido –todos hutus del norte– eran elegidos para ocupar los cargos en los gobiernos locales. El sistema de un solo partido aseguró que Habyarimana fuera elegido en las elecciones presidenciales de diciembre de 1983 y diciembre de 1988. Él era el único candidato.

Los hutus del norte, a los que pertenecía el nuevo Presidente, decían aborrecer a los tutsis y a los hutus del sur, a quienes culpaban por la dominación de los tutsis durante tanto tiempo. A partir de ese momento, el norte fue favorecido por una gran cantidad de inversiones agrícolas estatales y por un mayor acceso a la electricidad. Las elites hutus y los sectores en el poder se fortalecían económicamente⁷.

El gobierno ruandés desató una política discriminatoria que, ocasionalmente, desembocó en matanzas de tutsis, con el fin de cohesionar “nacionalmente” a los hutus. En la práctica, la política gubernamental se encaminó a reforzar una política etnicista.

Como hemos apuntado, el poder político se concentró en manos de un grupo que provenía esencialmente de la región natal del Presidente y sus asociados, que controlaban y subordinaban las otras zonas del país. Por supuesto, las posibilidades económicas de estas últimas eran menores. La incapacidad de resolver las contradicciones socioeconómicas generadas por este gobierno preparó el retorno a la movilización etnopolítica.

Los disturbios introducidos por las persecuciones que se desataron contra la etnia excluida del poder político no estuvieron relacionados con la amenaza que esta podía representar contra el orden de cosas establecidas, sino más bien con el peligroso debilitamiento de la cohesión interna de la fuerza política del grupo en cuyas manos estaba el poder. Pero la exclusión política favoreció el nacimiento de fuertes tendencias extremistas.

6 Esta vez, la organización política rectora pasó a ser el *Mouvement National et Revolutionnaire pour la Democratie* (MNRD).

7 Había un solo tutsi en el Gabinete de noventa miembros, y dos diputados en la Asamblea Nacional de setenta escaños. Asimismo, solo un embajador en el servicio exterior y dos miembros del comité central del partido gobernante eran tutsis. En el Ejército, a los tutsis les estaba prohibido convertirse en oficiales y a los soldados hutus no les era permitido casarse con mujeres tutsis. Según Linda Melvern (2000), probablemente Ruanda haya sido uno de los Estados más controlados del mundo. “Todo ruandés tenía que llevar consigo obligatoriamente un carné de identidad –herencia de la administración belga– en el cual aparecía su grupo étnico y aquellos que se atreviesen a cambiar esta clasificación eran llevados a prisión o debían pagar altas multas. Además, ningún ruandés podía moverse de su prefectura sin la adecuada autorización”.

Debe tenerse en cuenta la situación socioeconómica del país, que favorecería la manipulación de determinados sectores y el aliento a la movilización étnica⁸. Nos encontramos frente a un país superpoblado⁹. En el momento de las hostilidades, más de 8 millones de personas vivían en un reducido territorio de 26.338 kilómetros cuadrados, lo que equivalía a una densidad poblacional de 300 habitantes/km², aproximadamente¹⁰. Esta superpoblación tiene como lógica consecuencia la aparición de conflictos frecuentes con relación al espacio y a la ocupación de tierras (Domínguez, 2005).

En 1979 se fundó en Uganda la Alianza Ruandesa para la Unidad Nacional (RANU), una de las primeras señales que indicaban la creación de una oposición organizada desde el extranjero¹¹.

La gran cantidad de refugiados tutsis en los países fronterizos y específicamente en Uganda comenzó a realizar reiteradas incursiones en territorio ruandés. Estos refugiados ruandeses tutsis terminaron por organizarse en Uganda y fundaron el Frente Patriótico Ruandés (FPR)¹² –heredero de la RANU–, órgano político rector de la resistencia tutsi, cuyo brazo armado lo constituyó el Ejército Patriótico Ruandés (EPR).

Entre 1981 y 1986, en el sur de Uganda, los más de 500 mil refugiados tutsis habían servido de base de apoyo a la guerrilla de Yoweri Museveni. Posteriormente, Uganda apoyó a los tutsis en la toma del poder político en Ruanda.

Hasta el año 1990, el éxodo de los refugiados y desplazados ruandeses estuvo condicionado por las luchas políticas y el elevado grado

8 Ruanda ha sido el país más poblado del continente con recursos naturales muy limitados, lo que ha motivado la pobreza generalizada de la población. A lo largo de su historia, debido a la superpoblación y las precarias condiciones socioeconómicas, ocurrieron migraciones periódicas de grupos de ambas etnias hacia los territorios vecinos; incluso en la etapa colonial. No eran raras las migraciones para el establecimiento permanente de grupos en otros países, por lo que cada grupo étnico tiene parientes más allá de las fronteras establecidas por el colonialismo.

9 Estos conflictos se han visto agravados por la tradición agropastoral del país: los hutus, la mayoría, son principalmente agricultores; los tutsis, ganaderos y los tuas, cazadores. La situación se complica además por el sistema de ocupación de las tierras, pues las propiedades están distribuidas no en los asentamientos poblacionales, como en la mayoría de los pueblos africanos, sino alrededor de las colinas.

10 Ver: < <http://www.unfpa.org/profile/Ruanda.cfm> >.

11 La RANU operó en el exilio desde Nairobi, entre 1981 y 1986.

12 El FPR se había fundado originalmente con el objetivo de repatriar a los refugiados de vuelta a Ruanda. Esta guerrilla, mitad partido político, mitad grupo paramilitar, había negado desde su fundación que se trataba de un movimiento exclusivamente tutsi, de ahí que abogaran por el apoyo de todos aquellos que se opusieran al gobierno de Habyarimana.

de violencia, donde el elemento étnico fue manipulado en grados superlativos. Las migraciones estuvieron vinculadas a la crisis del Estado postcolonial que se ha manifestado en los problemas de gobernabilidad de la región, reflejo de las realidades heredadas, a las que se sumaron el apoyo y sostén provenientes del exterior: de las exmetrópolis o de otras potencias a determinados grupos en el poder.

En septiembre de 1990, una comisión gubernamental entregaba a Habyarimana la *solución* a todos los problemas del país: la democracia multipartidista. De esta forma, y mientras se les hacía frente a las nuevas ofensivas del FPR, más de quince partidos aparecieron en la arena política ruandesa representando diversas posiciones. Sin embargo, Kigali, en respuesta a la nueva política “democratizadora”, daría paso a la formación de nuevas organizaciones progubernamentales y paramilitares de tendencias marcadamente reaccionarias. Precisamente, el rechazo del gobierno de Habyarimana a comprometerse en la vía del pluralismo político fue uno de los factores que llevó al FPR a tomar las armas con el objetivo –al menos confeso– de posibilitar la vuelta de los refugiados ruandeses.

Las llamadas *milicias* o escuadrones de la muerte en Ruanda se encontraban vinculadas a los partidos políticos y estaban compuestas en su mayoría por jóvenes campesinos analfabetos, desempleados y mendigos, los que recibían un rudimentario entrenamiento en el uso de las armas por parte de asesores belgas y franceses. A la altura de 1994, las milicias contaban con más de 300 mil integrantes¹³.

A pesar de la pobreza generalizada de la mayoría de la población, de 1990 a 1994, Ruanda se convirtió en el tercer país importador de armas de todo el continente africano, solo antecedido por Nigeria y Angola.

En octubre de 1990, las tropas del Frente Patriótico Ruandés (FPR) traspasaron la frontera de Uganda hacia Ruanda. Era el preludio de tres años de intensa guerra. El Acuerdo de Paz de Arusha entre el gobierno ruandés y el FPR, en agosto de 1993, no puso fin al conflicto armado.

El 6 de abril de 1994, murió el entonces Presidente ruandés Juvenal Habyarimana, quien viajaba con su homólogo de Burundi, Cyprien Ntaryamira. Según algunos analistas¹⁴, el propio grupo de

13 Las milicias se dividían en dos grupos: los *impuzamugambi* o “aquellos con un mismo propósito”, que eran conocidos oficialmente con el nombre de Coalición para la Defensa de la República (CDR), y los más conocidos y temibles, los *interahamwe* o “aquellos que trabajan juntos”, considerados los “más efectivos”, los más numerosos. Los *interahamwe* constituían el ala juvenil del MNRD (Melvern, 2000: 45).

14 Como Vincent Hугеux (1994).

poder hutu asesinó a su Presidente, cegado por el espectro de una tiranía tutsi. El Presidente firmó su sentencia de muerte al expresar que iría al diálogo.

Como se puede observar, muchas son las contradicciones propuestas que, inicialmente, se dirimieron en el conflicto. A pesar del carácter étnico que se le ha tratado de dar a este, estamos en presencia de los intereses de elites que tratan de mantener o alcanzar el poder y que, en gran medida, manipulan el factor étnico. Sin embargo, no puede obviarse ni se les debe restar importancia en su incidencia sobre el conflicto a las prácticas exclusionistas y de alianzas establecidas por las potencias colonialistas, a las que se sumarían en la década del noventa otros intereses y actores.

EL CONFLICTO. PERÍODO DE ABRIL A JULIO DE 1994

La guerra entre el nuevo gobierno establecido y el FPR duró catorce semanas. El avance indetenible de este último matizó el aspecto militar y culminó con la toma de Kigali y de la segunda ciudad del país a principios de julio¹⁵.

En ese período se desataron las matanzas de la población tutsi y de los hutus moderados por las milicias ultraderechistas: se llevaba a cabo el genocidio en Ruanda.

Los movimientos de personas desplazadas y refugiadas se contabilizaron en cerca de un millón. Dos razones los compulsaron a esto: la guerra y las masacres sistemáticas. Los que migraban en ese momento pertenecían en su mayoría a la etnia tutsi.

DE JULIO A DICIEMBRE DE 1994: LOS REFUGIADOS

Bajo estas circunstancias, el nuevo gobierno establecido en Ruanda no lograba la estabilidad en el país, debido a estas causas.

- La problemática “refugiado”. La situación se caracterizaba de la forma siguiente: “[...] la invasión de refugiados hutus no era esperada por los aterrados refugiados tutsis que huyeron a Zaire para eludir las masacres en Ruanda y de pronto estaban cara a cara con los mismos que los perseguían” (AFP, 17 de agosto de 1994). La cifra de refugiados ascendió a 2 millones en julio. En agosto, el Programa de Alimentación Mundial los calculaba en cuatro millones; de ellos, un millón se ubicaba en Zaire. Esto implicaba

15 El día 18 se proclamó el nuevo gobierno: como Presidente Pasteur Bizimungu (Representante del FPR en Bruselas) y como Primer Ministro, el moderado líder hutu, Faustin Twagiramungu (Presidente del Movimiento Democrático Republicano, aliado del FPR).

que más de la mitad de la población se encontraba desplazada o refugiada.

- Las condiciones de vida en los campamentos eran desesperantes: era cotidiana la escasez alimentaria y sanitaria, la inseguridad, el caos y el peligro para todas las personas, incluso para los representantes de las ONG y organismos internacionales.
- El ejército y los funcionarios del depuesto gobierno también huyeron al Noroeste y Suroeste, sobre todo hacia Zaire. Las milicias y los ex soldados se encontraban en los campamentos de refugiados, donde, por una parte, no permitían desarrollar la repatriación voluntaria –varios intentos del ACNUR en este sentido fracasaron–; y, por la otra, crearon campos de entrenamiento, aunque supuestamente habían entregado las armas al gobierno de Zaire. Reclutaban tropas en los campamentos en Tanzania y Zaire y aumentaban la hostilidad en la frontera de este último. La vida de los refugiados era dominada por un sistema policial que impedía su libre desplazamiento.
- Se desataron violentos incidentes entre los refugiados y las fuerzas policiales zairotas. La lucha entre zairotas y refugiados ruandeses enfrentaba a hutus y hundes, lo que provocaba el terror y la huida de los tutsis. Zaire pidió al ACNUR que buscara otro país dispuesto a acoger a miembros del antiguo gobierno.
- La ayuda internacional, aunque abundante, no era suficiente. Ante las condiciones de “peligrosidad”, se estacionaron fuerzas humanitarias civiles y militares. Estas últimas se mantenían en la zona ante la posibilidad de un estallido de guerra en Burundi.
- El gobierno de Ruanda pedía a los refugiados que retornasen y prometía que no habría revancha, pero, aunque regresaron algunos tutsis, la mayoría hutu se mantuvo fuera del territorio.

El nuevo gobierno decía responder y respetar los Acuerdos de Arusha, pero excluyendo al anterior gobierno hutu. Dentro de sus primeras exigencias, se establecieron el enjuiciamiento a los criminales de guerra y la retirada de las tropas francesas. Asimismo, París reconoció la victoria del FPR el 19 de julio y anunció la retirada completa de sus fuerzas para finales de agosto. Las mismas serían reemplazadas por tropas de la Misión de las Naciones Unidas para Ruanda, con el objetivo de crear una zona desmilitarizada.

El gobierno se opuso rotundamente a la amnistía general, aunque esta hubiese podido ayudar y alentar el retorno de la población¹⁶. El 28 de octubre había 6 mil personas detenidas y acusadas de participar en las matanzas.

El nuevo gobierno enfrentaba enormes dificultades, entre las cuales sobresalía la necesidad de la reconstrucción económica. Las pérdidas humanas y materiales habían sido cuantiosas: la destrucción casi total de los servicios públicos, la inexistencia de recursos financieros y las serias dificultades para reingresar a los refugiados a su medio. Más del 60% de las cosechas se habían perdido.

Las probabilidades de reinicio de la guerra eran muy fuertes. También se presentaban escisiones dentro del gobierno, divergencias entre el FPR y otros partidos de coalición¹⁷.

A la altura de 1996 la estabilidad en el país era relativa. El gobierno de Unidad Nacional Ruandés que dirigía el Primer Ministro Pierre Celestin Rwigena había impuesto su línea. Más de 600 mil refugiados habían regresado al país, poniendo así fin a más de 30 años de exilio. Sin embargo, en este caso se hace referencia solo a los tutsis, no a los casi 2 millones de refugiados hutus que abandonaron el país en el año 1994.

El retorno de los refugiados ruandeses se veía paralizado por varios factores, entre los que destacaban:

- El estado psicológico de terror dentro de la población refugiada y dentro del país. El temor de los refugiados a regresar había sido alentado por la propaganda en los campamentos publicada por los miembros del anterior gobierno.
- La repatriación de los voluntarios se convirtió en un “juego político”. Los hutus derrotados tenían una fuerte arma de presión en contra del gobierno y para buscar apoyo internacional, argu-

16 En cuanto al enjuiciamiento de los criminales, las autoridades plantearon que juzgarían a 30 mil personas, basándose en el hecho de que la estructura del gobierno anterior contaba con ese número de funcionarios. El gobierno reclamaba un rápido juicio, por temor a acciones de represalia y actos espontáneos de venganza. A fines de agosto, se informaba que sesenta soldados del FPR habían sido arrestados por este tipo de acciones, dos fueron ejecutados por decisión de la corte marcial (AFP, 26 de agosto de 1994).

17 El Primer Ministro del país declaraba que el FPR no cumplía los postulados del Acuerdo de Arusha de 1993, sobre todo en lo referido a la estabilidad político-económica mediante el diálogo entre todas las fuerzas opositoras de la nación: trataba de afianzar el poder indivisible, practicaba una rígida censura y detenía a los adversarios del régimen. Mientras tanto, los países occidentales exigían un diálogo político, el respeto a la democracia y a los derechos humanos, y el regreso de los refugiados. Ruanda, bajo estas condiciones, estaba “sentada” sobre un volcán de muerte y desesperanza.

mentando que las personas no regresaban porque el gobierno no les podía garantizar su vida. Mientras tanto, la repatriación era de suma importancia para el gobierno, no solo para la reconstrucción del país, sino también para *calzar* su legitimidad y lograr un apoyo internacional mayor. Paralelamente, los campos de refugiados eran centro de actividad militar y reclutamiento.

- Zaire utilizaba el elemento “refugiado” para presionar a los países de la región y a la comunidad internacional, a lo que se agregaban acciones en contra de los refugiados que reforzaban aún más el rechazo al retorno y, a su vez, las difíciles condiciones de vida. Por solo citar un ejemplo, en agosto de 1995 Zaire comenzó la expulsión de los refugiados de su territorio. Posteriormente, se llegó a un acuerdo con el ACNUR para la repatriación voluntaria, pero en varias ocasiones amenazó a los refugiados con la expulsión.

En la región Centro-Este Subsahariana los intereses de poderes estatales, las “alianzas” regionales –que manipulaban en grados superlativos el factor étnico– y los factores exógenos determinaron que los refugiados fueran utilizados por determinadas administraciones y potencias en sus acciones contra gobiernos y grupos en los países emisores o en los receptores. En esta región, no solo se han visto afectados el medio ambiente y la actividad económica, sino sobre todo las vidas de las personas, y se han violado sistemáticamente los derechos de los refugiados. Es debido a estas razones que apuntaremos algunas características de la manipulación de los refugiados en la región y las consecuencias de la misma, esencialmente en el caso ruandés. En este sentido, se han destacado:

- La utilización de la filiación étnica en apoyo a los intereses particulares de gobiernos o grupos opositores en los países receptores o contra los países emisores. Entre los casi 2 millones de personas que abandonaron Ruanda a mediados de 1994 (más de un millón en Zaire y más de medio millón en Tanzania), se encontraban los antiguos miembros del Ejército Ruandés y las milicias interahamwe. Esto hizo que los campamentos de refugiados ruandeses en Zaire constituyeran un constante foco de tensión. En esos campamentos, las fuerzas depuestas en Ruanda se preparaban y entrenaban, y desde allí realizaban incursiones en territorio ruandés¹⁸.

18 Habría que añadir que en esas mismas zonas –también en los campamentos de refugiados burundeses– actuaban los grupos hutus opositores al régimen burundés, actividad que se incrementó después de 1993 y julio de 1996. En este sentido, había una coincidencia étnica –entre hutus de Ruanda y Burundi– y ambas fuerzas extremistas actuaban en los campamentos de los refugiados. Lo mismo había

Debemos recordar que los interahamwes “[...] se erigieron en una auténtica fuerza de represión que dominó el resto de los refugiados, se sirvió de ellos como escudos humanos, evitó su regreso a Ruanda, entró en convivencia con el ejército de Zaire (uno de los más corruptos del continente) se armó, adiestró y entrenó preparando el regreso” (Sauquillo y Pons Grau, 1997: 9).

- El manejo con fines políticos o militares; el uso de sus campamentos para la preparación, el entrenamiento y la realización de incursiones armadas desde ellos contra los países emisores y otros.
- La explotación de la presencia de refugiados para desviar la ayuda con otros fines, así como legitimar posiciones políticas a nivel regional e internacional. Hubo intereses de varios gobiernos en presionar al gobierno “tutsi” y otros lo apoyaban. El gobierno zairota apoyó a la elite hutu y presionó a los tutsis establecidos en su territorio. Las tensiones en el este de Zaire fueron en aumento a partir de 1994, y se manifestaban en las contradicciones de los hutus con los tutsis y la población local. Se reportaban enfrentamientos armados entre campesinos y militares zairenses y emigrados ruandeses.
- La problemática de los refugiados ruandeses fue utilizada como un arma política importante por parte del gobierno de Mobutu, pues a través de él debía canalizarse la ayuda a más de un millón de personas, y podía “controlar” o no una situación que podía hacerse explosiva. Mobutu acrecentaba su influencia y explotaba su papel para romper su aislamiento internacional. Aceptar los campos de refugiados –presionando en determinados momentos– suponía una fuente nada despreciable de ingresos para su Estado. En este sentido, la expulsión de los refugiados ruandeses fue un obvio ejemplo de la manipulación zairense de este candente problema para los países de los Grandes Lagos¹⁹.

sucedido cuando el poder en Ruanda lo detentaba la elite hutu, que apoyaba las acciones de esa misma elite desde los campamentos de refugiados establecidos en su territorio.

19 En agosto de 1995, Zaire comenzó la expulsión en masa de los refugiados –según algunas fuentes, el argumento fue que el Consejo de Seguridad había permitido retomar la venta de armas a Ruanda–. Semanas después, la detuvo y amenazó con repetir la acción si los refugiados no abandonaban su territorio antes de fin de año. Posteriormente, en reunión tripartita –el Ministro Zairense de Relaciones Exteriores, Kamanda Wa Kamanda, el Ministro Ruandés de Rehabilitación y Reconstrucción Social, Patrick Mazimhaka, y el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los

- A esto habría que añadir la utilización de los refugiados por parte de Zaire para presionar a los países de la zona. Las infiltraciones de los extremistas hutus desde Zaire –donde radicaba la mayor cantidad de refugiados– se multiplicó, lo que elevó la tensión en el sudoeste de Ruanda²⁰.

Las acciones militares en los campamentos y el apoyo de algunos gobiernos podían ocasionar consecuencias imprevisibles no solo para Ruanda sino también para toda la región, y así sucedió.

OCTUBRE DE 1996 - MAYO DE 1997

Los “fundamentos” del inicio de la guerra en el este de Zaire comenzaron en el transcurso del año 1996, cuando hubo ciertas indicaciones de que en la zona del Masisi, en Nord-Kivu, grupos de zairotas de origen tutsi estaban siendo objeto de malos tratos e incluso de desalojos. Algunas versiones atribuían estos hechos a los refugiados hutus ruandeses en Zaire; otras insistían en que el hostigamiento y los desalojos estaban encaminados a dejar la zona del Masisi limpia para asentar allí en permanencia a familias de refugiados hutus ruandeses. Pero todas coincidían en que los ciudadanos zairotas de origen tutsi de esta zona del Nord-Kivu no ofrecieron resistencia frente a esos abusos.

Desde finales de 1994, el gobierno de Zaire permitió a las fuerzas extremistas desde los campamentos “hutus” masacrar a los “tutsis” autóctonos de la región de Kivu norte –establecidos en precedentes oleadas migratorias–. Algunos plantearon que se trataba de establecer una “hutulandia” en esa área, desatándose serios disturbios por la expulsión de esas poblaciones. Los enfrentamientos se tornaron violentos cuando la misma práctica se comenzó a utilizar contra las poblaciones de origen tutsi en el Kivu Sur. Ferrán Iniesta (1986: 43) apunta: “La acción humanitaria en campos de refugiados, el descontrol de los destacamentos militares zaireños y las continuas exacciones de los

Refugiados, Sadako Ogata–, Zaire declaró oficialmente: “Hemos decidido brindar nuevo ímpetu al repatriamiento voluntario de los refugiados que huyeron por el genocidio de la primavera de 1994”. Pero de hecho, los refugiados radicados en Zaire no regresaron. El rechazo al regreso o el control de los hombres armados en los campamentos, sobre todo de los ubicados en Zaire, se manifestó de forma elocuente cuando el ACNUR comenzó la repatriación voluntaria a fines de agosto de 1995: solo logró convencer a cuatrocientos ruandeses –de casi un millón que se ubican en Zaire–, mientras que la organización pensaba que podría repatriar a 3 mil diariamente.

20 En el mes de mayo de 1996, en Karengera, los extremistas hutus llegaron a liberar a más de un centenar de prisioneros. La situación llegó a tal punto que el gobierno llamó a colaborar y establecer “comités de seguridad” con subdivisiones comunitarias.

milicianos hutus convirtieron toda la región zaireña de Kivu en una verdadera olla de presión”.

Como se observa, la situación fue diferente en Sud-Kivu, donde otras poblaciones de origen tutsi ruandés, los banyamulenges, al parecer se habían ido preparando para defenderse cuando les tocara la misma suerte que sus parientes étnicos de más al norte. A principios de septiembre de 1996, se reportaron los primeros enfrentamientos armados en la zona de Uvira, provincia de Sud-Kivu, entre el ejército zairota y los banyamulenges. Es difícil determinar su origen y su escala, o hasta qué punto fueron precedidos y sucedidos por abusos de los militares contra la población civil. Lo que se sabe es que hubo numerosos informes de que los soldados zairotas hostigaban las aldeas de esa etnia en busca de armamento, secuestraban a los hombres, saqueaban comercios y viviendas y mataban el ganado de los banyamulenges. Los militares acusaban a la población de estar ayudando a los rebeldes, y finalmente comenzaron a expulsar por la fuerza, hacia Ruanda, a grupos de civiles²¹.

Los grupos afectados tomaron las armas, comenzaron a desalojar a los elementos de las FAZ (Fuerzas Armadas Zairenses) y, en su avance, se acercaron, a paso arrollador, a los campamentos de refugiados hutus en la zona de Uvira. El 16 de octubre de 1996, cuando los combates entre los banyamulenges y las FAZ comenzaron en el oriente zairota a fines del mes anterior parecían acercarse a los campamentos de refugiados, por primera vez empezó a plantearse en medios diplomáticos mundiales el problema de que lo que se había caracterizado como una rebelión podía constituir también un riesgo de catástrofe humanitaria. Ya el avance era indetenible y los campamentos de refugiados fueron el blanco preciso²².

21 El 22 de octubre, Karen Twining, de la ONG International Alert, expresó que algunos refugiados hutu ruandeses en Zaire “parecen estar implicados en asesinatos de civiles banyamulenges [que estaban ocurriendo en Zaire] en colaboración con las FAZ y ciertas poblaciones locales”. Al día siguiente circulaban nuevos relatos de abusos y crímenes contra las personas de origen tutsi en Zaire, y se recogían los primeros relatos de civiles banyamulenges expulsados a la fuerza por los soldados zairotas hacia Ruanda. Los desplazados se quejaban de que sus bisabuelos ya habían nacido en territorios que hoy son del este de Zaire, y afirmaban que habían vivido en armonía con la etnia babembe vecina y con los soldados zairotas hasta que había ocurrido la rebelión, y que ahora eran expulsados sin poder llevar ningún bien consigo.

Para el 25 de octubre, fuentes humanitarias en Goma (Zaire) informaron de una virtual cacería de tutsis en esa zona. Otro miembro de una ONG describió “robos y violaciones”. Fuentes humanitarias daban testimonio de “desapariciones” de tutsis locales.

22 Al mismo tiempo, el golpe de Estado del 25 de julio de 1996 en Burundi dio pie a un nuevo éxodo de refugiados –mayoritariamente de origen tutsi– de ese país, principalmente hacia el Zaire oriental. El nuevo gobierno no consiguió reconocimiento

Fue el 26 de octubre que se reportó el primer combate en un campamento de refugiados, a raíz de un ataque contra el campamento de Kibumba (al norte de Goma). Al día siguiente sufrieron la misma suerte los de Katl (Goma) y Panzi (Bukavu). Para el día 28, se calculaba que había cerca de 500 mil refugiados en fuga por los combates.

Hasta el inicio de las acciones armadas al este de Zaire en octubre de 1996, el elemento refugiado había sido “utilizado” por cada una de las partes según sus objetivos respectivos. Por tanto, no resultó extraño que otra vez los refugiados fueran involucrados, llevando la peor parte, durante las acciones armadas en la zona entre octubre de 1996 y mayo de 1997. En este ámbito, debemos destacar cuatro elementos esenciales.

- Los refugiados fueron retenidos y utilizados como escudos humanos por parte de las milicias hutus durante sus enfrentamientos con los rebeldes, lo que trajo como resultado que no fuese hasta mediados de noviembre que más de medio millón regresara al país. Al mismo tiempo, parte de la población refugiada fue obligada a internarse hacia el interior de Zaire.
- Las milicias establecidas en los campamentos de refugiados enfrentaron más consistentemente a los rebeldes que las propias Fuerzas Armadas Zairenses. En medio de las acciones armadas, las fuerzas de los extremistas se integraron a las FAZ y se manifestaron como fuerzas guerrilleras que libraron batallas no solo contra los rebeldes, sino que además realizaron incursiones contra Uganda desde territorio zairense.
- Las acciones armadas en torno a los campamentos de refugiados, en la práctica, actuaron como detonador de la estampida de regreso y del desplazamiento hacia el interior de Zaire. El desmembramiento de los campamentos hacía fracasar los planes de los extremistas y aseguraba la frontera ruandesa y burundés, y la supervivencia de los regímenes de esos países, pues eliminaba la base de retaguardia de esos grupos.

internacional (incluso fue objeto de severas sanciones económicas por parte de los países vecinos) y fue todavía más vulnerable que el de la vecina Ruanda a las incursiones armadas transfronterizas, e incluso al establecimiento de bandas opositoras en su territorio. En Burundi la guerra se hizo mucho más severa, con informaciones constantes de emboscadas, ataques armados y masacres, las cuales aumentarían a raíz de la guerra en el este de Zaire y de la necesidad de las fuerzas opositoras de encontrar nuevos santuarios. En el caso de Burundi, las fuerzas armadas gubernamentales han sido acusadas (y, en algunas instancias, el gobierno lo ha reconocido) con mayor frecuencia que sus congéneres de Ruanda de abusos contra la población civil.

- A partir de las acciones armadas emergieron otras tendencias migratorias que afectaron a Zambia, Uganda, Tanzania, Angola, entre otros. Asimismo, se desató un masivo desplazamiento interno, en condiciones verdaderamente desesperantes.

Como planteamos anteriormente los banyamulenges inician las acciones, después se denominaron “rebeldes” tutsis banyamulenges, y se convirtieron enseguida en los “rebeldes” tutsis de Laurent Kabila y finalmente en los “rebeldes” de la Alianza Democrática de Laurent-Désiré Kabila. En la práctica, la “Alianza Democrática para la Liberación del Congo-Zaire” era una amalgama de partidos políticos hasta entonces desconocidos en la palestra política zaireña.

De éxito militar en éxito militar, los “rebeldes” se encontraron a las puertas de Kinshasa, después de tan solo 6 meses de combate. Después de la toma de la ciudad de Kisangani, los antiguos policías katangueses se unieron a la Alianza y participaron en la conquista de la provincia de Shaba y en la toma de Lubumbashi. Posiblemente, también habrían participado angolanos, combatiendo en la frontera zaireño-angolana y contribuyendo a precipitar la caída de Kinshasa.

La caída de Mobutu dio paso al gobierno de Kabila.

KABILA EN EL PODER

En mayo de 1997, el gobierno de Kabila se instaló en Kinshasa y rápidamente comenzó a desligarse de las fuerzas ruandesas, deponiendo de los cargos a los militares tutsis, al tiempo que prometía reformas democráticas. Sin embargo, gobernó apoyándose en el núcleo katan-gueño, en particular de los balubakat (los balubas del Katanga, la etnia de Kabila)²³.

El 29 de mayo, Kabila juró como Presidente de la República (dio entrada a algunos representantes de la oposición política) y planteó que celebrarían elecciones en 1999, aunque precisó que mientras durase la “reconstrucción económica, moral y política del país” toda actividad partidista quedaba prohibida (Kabunda Badi, *ob. cit.*).

Kabila no logró unificar armónicamente desde el punto de vista ideológico a sus tropas. En la práctica, en el plano interno, su régimen no era popular y, en el plano regional, aunque mantuvo buenas relaciones con determinados países como Angola, tuvo que enfrentar

23 Algunos estudiosos de la temática consideran que el grave error de Kabila fue apoyarse en las fuerzas externas para acceder al poder y aferrarse a él, perdiendo cualquier forma de legitimidad, pues se convirtió en el “rehén” de sus aliados. Al mismo tiempo, al no instaurar la democracia –razón por la cual derribó a la dictadura de Mobutu– perdió el capital de simpatía del que gozaba al principio, tanto a nivel nacional como internacional.

la “revancha” de Ruanda y Uganda, apoyados por el imperialismo estadounidense²⁴.

Desde el comienzo surgieron interrogantes sobre el régimen. Pocos meses después de su toma del poder, reprimió a los que se le oponían. Asimismo, fue acusado de permitir las matanzas contra refugiados hutus ruandeses. Para agravar las cosas, se negó a que la Comisión de Derechos humanos de la ONU investigara los hechos.

En 1998 estalló una rebelión contra Kabila. En esta ocasión, la guerra implicó una verdadera internacionalización del conflicto²⁵.

1998-2001

En junio de 1998, Kabila rompió con Ruanda y con los acuerdos mineros que había firmado con compañías estadounidenses. En agosto, comenzó de nuevo la guerra en el Congo, cuando Ruanda y Uganda invadieron ese país²⁶. Los gobiernos ruandés y ugandés no veían cumplidas sus expectativas. A finales de julio, Kabila comenzó a destituir los mandos militares de origen tutsi, siendo el más sonado el del Jefe del Estado Mayor de las nuevas Fuerzas Armadas Congoleñas (FAC), el coronel ruandés James Kabare, al tiempo que ordenaba la evacuación de las tropas extranjeras.

El 3 de agosto, soldados ugandeses y ruandeses cruzaron la frontera y, usando como avanzada a milicianos banyamulenges, tomaron Goma y Bukavu.

Se repetía el mismo esquema que en la guerra de 1996: formación de una Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo, participación directa, pero encubierta, de Uganda y Ruanda, y metódico avance rebelde en varios frentes desde sus bastiones orientales de Kivu, con el objetivo prioritario de conquistar Kinshasa en el más corto plazo posible.

La apertura por la AFDL de un nuevo frente en el Bajo Congo, entre Kinshasa y el mar efectuada el 6 de agosto y la conquista de la gran ciudad de Kisangani llevada a cabo el 23 del mismo mes urgieron

24 En 1999, se produjo el derrumbamiento de la producción a -15%, el índice de inflación era del 200%, la deuda exterior estaba por encima de los 13 mil millones de dólares, y los ingresos del Estado cayeron a la mitad con respecto a 1998 (en buena parte, debido a que el enemigo controlaba ricos complejos mineros en el sudeste), mientras los gastos se disparaban en igual medida.

25 En concreto, según William Hartung, del World Policy Institute, los Estados Unidos entrenaron ocho de los nueve Estados involucrados en el conflicto de la República Democrática del Congo.

26 Desde ese año hasta el 2003 se calcula que murieron cuatro millones de congoleños, en el que se considera el conflicto con más muertos desde la Segunda Guerra Mundial (Lloveres y Lucas, 2008).

a Kabila a solicitar la ayuda militar de Zimbabwe, Angola y Namibia, países amigos que, por diferentes motivos, desplazaron un nutrido contingente, pretendidamente bendecido por la Comunidad de Desarrollo del África Meridional (SADC).

La guerra presentaba ahora protagonistas que habían cambiado de alianzas y objetivos en función de las circunstancias y de nuevos intereses.

Las fronteras orientales prácticamente desaparecieron y las tropas ruandesas, ugandesas y burundesas actuaban libremente en el territorio congoleño, creando un territorio-colchón para combatir a los guerrilleros de sus respectivos movimientos rebeldes²⁷.

Al menos siete países se involucraron directamente en el conflicto. Ruanda, Uganda y Burundi apoyaron la rebelión congoleña integrada por la RCD-Kisangani, la RCD-Goma y el Movimiento para la Liberación del Congo, y controlaron más del 50% del territorio nacional.

A lo largo de 1999, la posición de Kabila parecía depender casi totalmente de sus aliados exteriores, sobre todo de Angola y Zimbabwe. Los líderes de Uganda y Ruanda culparon a Kabila del rebrote de las matanzas étnicas de tutsis en Kivu y de las incursiones de las milicias hutus y justificaron su injerencia militar por razones de “seguridad”.

Esta era la situación cuando el 16 de enero de 2001 se produjo lo inesperado: Kabila murió en un atentado. Un día después, el 17 de enero, Joseph Kabila fue puesto al frente de la situación como jefe del Estado en funciones²⁸.

En marzo de 2003, se logró firmar un acuerdo que, supuestamente, ponía fin a la guerra.

En el año 2006, se efectuaron elecciones –dos vueltas–, en las que Joseph Kabila salió victorioso.

En enero de 2008, se desarrolló la Conferencia de paz de Goma que supuso un alto el fuego entre las fuerzas rebeldes y el gobierno congoleño.

27 Las tropas gubernamentales angoleñas, contra la UNITA; las tropas ruandesas del FPR, contra las ex FAR y los Interahamues; las tropas ugandesas, contra el Ejército Nacional para la Liberación de Uganda (NALU), las Fuerzas Democráticas Aliadas (ADF) y el Ejército de Liberación del Señor (LRA), y, por último, el ejército burundés, contra la guerrilla hutu del Consejo Nacional para la Defensa de la Democracia (CNDD).

28 El Consejo Nacional para la Resistencia y la Democracia (CNRD) del general André Kisase Ngandu, –“desaparecido” durante la guerra de la Alianza de las Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo-Zaire (AFDL) de Kabila en enero de 1997– de la que fue cofundador, y el único en disponer de una fuerza armada en la lucha contra la dictadura de Mobutu, se declaró responsable del magnicidio.

Sin embargo, los enfrentamientos entre el grupo rebelde del General Laurent Nkunda²⁹, el Congreso Nacional por la Defensa del Pueblo (CNDP) y el ejército del gobierno de Joseph Kabila se recrudecieron en agosto de 2008, cuando el CNDP anunció su retirada del Acuerdo de Paz firmado el 23 de enero de 2008 (entre el Gobierno congoleño y otros doce grupos rebeldes). De nuevo se fracasaba en el intento de lograr la paz. Era imposible, después de las elecciones, reinsertar los movimientos guerrilleros dentro de las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo.

Múltiples son las causas que han provocado la extensión de la guerra en el este del Congo. Sin embargo, en la base de todas ellas está el factor económico y los intereses de las transnacionales y los gobiernos de la región por controlar –y explotar– los yacimientos minerales del este del país³⁰.

ACTORES REGIONALES Y EXTRARREGIONALES

Las potencias occidentales y sus aliados regionales desempeñaron un papel esencial en el conflicto.

Después de la independencia de Ruanda, Habyarimana estableció fuertes vínculos con Francia. También era amigo cercano de Mobutu Sese Seko. Entre 1963 y 1990, aumentó gradualmente el interés y la actividad –pro hutu– de París ante el debilitamiento de Bélgica: primero, para aumentar la influencia francesa en el área y asegurar un país de ubicación estratégica y, segundo, para evitar cualquier intento que pudiera derrocar a un gobierno que era aliado de Occidente. En 1975, el apoyo francés al gobierno de Habyarimana se formalizó a través de la firma de un acuerdo de asistencia militar, que incluía transferencias de armas y equipo militar anualmente, así como la presencia de tropas francesas en el país para ayudar a la organización e instrucción de la Policía Nacional Ruandés.³¹

29 Nkunda, quien se ve a sí mismo como un general en el exilio, heredero del espíritu “gaullista” de liberación contra una ocupación extranjera, controla amplios feudos en Kivu Norte con el pretexto de proteger a los tutsis congoleños de las milicias hutus ruandesas y de los repetidos ataques del ejército regular congoleño. Asimismo, acusaba al Gobierno de Kabila de haber reclutado entre las filas de su caótico ejército a miembros de estas milicias formadas por excombatientes hutus ruandeses, que huyeron tras el genocidio de más de 800 mil tutsis y hutus moderados perpetrado en 1994 en Ruanda.

30 El Congo posee el 80% de las reservas mundiales de coltán, además de grandes cantidades de cobre, cobalto, estaño, uranio, oro y diamantes, casiterita, wolframita.

31 Para ampliar en la política francesa hacia Ruanda puede consultarse a: Mel Mc Nulty 1997 “France’s Ruanda Débauché” *War Studies Journal* (University of Portsmouth), spring.

A partir de la caída del Muro de Berlín, el reacomodo de los intereses interimperialistas se puso de manifiesto en cuanto a Ruanda, expresado en la rivalidad franco-estadounidense. En ese contexto, las presiones por la democratización –y las acciones armadas del Frente Patriótico Ruandés (FPR)– condujeron al gobierno a negociar con las fuerzas opositoras, mayoritariamente tutsis.

Kabunda Badi (1997a, b y c) establece que en este conflicto existe una dimensión que es la rivalidad entre la francofonía y la anglofonía. Desde luego, la caída de Ruanda fue interpretada por Francia como una invasión en su zona de influencia por los anglófonos, mientras que la estrategia de Estados Unidos consistía en penetrar en esta zona de tradicional influencia francesa con todos sus intereses geopolíticos y geoestratégicos³².

Todo indicaba que Estados Unidos avanzaba en el área con el objetivo de crear polos de control –y presencia– en la zona a través de sus aliados, que en esta región eran Sudáfrica, Zaire y Nigeria. Se trataba de proceder a la recuperación económica de estos países que podrían desempeñar un papel estabilizador, cada uno en sus regiones respectivas. Para esta labor, Mobutu ya no era válido, era un dictador que servía más a sus intereses que a los de sus aliados. Se había convertido en un socio incómodo, había que sustituirlo.

Desde el comienzo de la invasión del FPR a Ruanda en octubre de 1990, la agenda oculta de Washington se había centrado en el establecimiento de una zona de influencia en una región, históricamente dominada por Francia y Bélgica. El diseño geopolítico estadounidense consistía en desplazar a París a través del apoyo al FPR, mientras armaba y equipaba su brazo militar: el Ejército Patriótico Ruandés (EPR). Asimismo, la ayuda militar a Uganda era parte integral del plan hacia la región. Esto lo demuestra el entrenamiento al que estaban sometidas las fuerzas del UPDF y el FPR, apoyadas directamente por oficiales estadounidenses e ingleses³³.

32 Señala que Francia siempre ha elegido el caballo perdedor, lo hizo en Ruanda y lo ha vuelto a hacer en el Zaire, con su apoyo hasta el último momento al gobierno de Mobutu Sese Seko, internacionalmente rechazado y aislado. Ante esta situación, Estados Unidos optó por apoyar al candidato propuesto por los países de la zona: Ruanda, Burundi y, en cierta medida, Angola, es decir, a Laurent Kabila.

33 Estados Unidos había entregado a Uganda una ayuda económica de 183 millones de dólares. Esta ayuda equivalía al total de la ayuda estadounidense entregada a Kampala durante los 27 años precedentes. Por su parte, el Banco Mundial, había concedido a Museveni solo hasta marzo de 1997 1.8 mil millones de dólares. Casualmente, el crecimiento de la deuda externa ugandesa bajo la presidencia de Museveni coincidiría cronológicamente con la explosión de las guerras en Ruanda (1990) y en Zaire (1996). Con el ascenso de Museveni al poder en 1986, la deuda externa ugandesa ascendía a 1.3 mil millones de dólares. La cifra ascendió a 3.3 mil millones en 1997.

En el ámbito regional, muchos analistas consideran que Kigali estaba en condiciones para lanzar una ofensiva contra el régimen de Kinshasa, que toleraba y apoyaba a los refugiados hutus de las milicias interahamwe, escondidos entre los refugiados en Zaire.

También Uganda consideraba la necesidad de establecer una zona de seguridad a todo lo largo de la frontera con su extenso vecino, desde Uvira hasta Goma, debido a que planteaba que debía controlar las continuas incursiones de las guerrillas sudanesas contrarias a Kampala³⁴. Todo estaba preparado.

Con el apoyo del Presidente Museveni, Kagame había concebido un plan que le permitiría utilizar el movimiento rebelde que estaba ubicado en la zona oriental de Zaire y encabezado por un antiguo guerrillero: Laurent Desiré Kabila. Este se encontraba al frente de 5 mil hombres de la Alianza Democrática para la Liberación del Congo-Zaire.

El papel de los Estados Unidos en el conflicto de Ruanda pasa, primeramente, a través del apoyo económico, financiero y militar a Uganda. Sin embargo, la política estadounidense en Ruanda tiene bases muy precisas. Según declaraciones de un funcionario del Pentágono, “[...] aunque Ruanda sea un país pequeño y no tenga un valor estratégico directo para EE.UU., los hechos más recientes han demostrado que si [este país] se torna inestable, podría desencadenar una situación de escozor generalizado no solo en los Grandes Lagos, sino en toda el África Central” (Duke, 1996).

La guerra en el este del Zaire se inició por los desmanes del gobierno de Mobutu y para eliminar los campamentos de los refugiados. Las fuerzas atacantes fueron apoyadas por Ruanda, Burundi y Uganda. Pero estos tres países rebatían las acusaciones del gobierno argumentando que la rebelión era un problema interno de Zaire³⁵.

A ambos lados de la frontera entre Ruanda y Uganda, la guerra civil de 1990 había sido financiada por los mismos actores internacionales, seguidos de cerca por las instrucciones del Banco Mundial.

34 Las guerrillas que operan en esta zona son el Frente de la Rivera Occidental del Nilo (West Nile Bank Front), el Ejército de Resistencia del Señor (Lord’s Resistance Army) y el Ejército Democrático Aliado (Allied Democratic Army).

35 La operación fue lanzada en octubre de 1996, pocas semanas después de concluidos el viaje de Kagame a Washington y la misión de entrenamiento de los *boinas verdes*. 12 mil soldados regulares ruandeses tutsis y varios batallones y apoyo aéreo y logístico ugandés ayudarían a Kabila en su misión. Una vez empezada la guerra, EE.UU. proveería de “asistencia política” a Ruanda.

Con un paso arrollador, los rebeldes de Kabila apoyados por Ruanda y Uganda, desplazaron al ejército zaireño de Mobutu, marchando sin detenerse –por entre la selva del Congo– a través del tercer país más extenso de África. La ofensiva duraría siete meses, sin pérdidas significativas. Tras la entrada de Kabila a Kinshasa en mayo

En lo referente al aumento de los intereses económicos estadounidenses en el área, la situación tuvo un viraje favorable a Washington. Durante la ofensiva sobre Zaire en 1996, las empresas estadounidenses se alzaron con el dominio de los yacimientos de las provincias orientales de este extenso país. En los inicios de la guerra civil en Zaire, mucho antes de la caída de Mobutu, Laurent Desiré Kabila, desde su sede en la ciudad oriental de Goma, ya había negociado varios contratos mineros con varias compañías mineras de EE.UU. y Gran Bretaña.

Pongamos un ejemplo. Entre las compañías implicadas estaba la American Mineral Fields (AMF)³⁶. Ese contrato, calculado en 100 mil millones de dólares, con capacidad de explotación de las minas a cielo abierto de cobre-cobalto, proveería a la AMF de la posibilidad de construir una fábrica para la explotación de los yacimientos de zinc, cobre y cobalto de las regiones de Kolwezi y Kipushi³⁷.

Mientras tanto, la compañía norteamericana-candiense Barrick Gold³⁸ consiguió un permiso de explotación sobre 81 mil kilómetros cuadrados de las minas de Kilo-Moto en el Alto Zaire. Este permiso de explotación otorgado a la Barrick Gold –de la cual George Bush (padre) era miembro del Consejo de Administración y el ex Primer Ministro canadiense Brian Mulroney era el Presidente– se había obtenido en plena guerra contra Mobutu, a finales de 1996 (Domínguez, 2005).

Según el diario parisino *La Libre Entreprise*³⁹, aunque las empresas estadounidenses ya tenían una presencia intensa en el Zaire de Mobutu, ocupaban ahora posiciones capitales en el cobalto y en el oro de la RDC. Incluso estaba estacionada en el sector de los diamantes, donde el imperio sudafricano De Beers tenía el monopolio de la comercialización y la producción de la única explotación industrial del país.

de 1997, Mobutu abandonaría el país rumbo a París. A partir de este momento Zaire cambiaría su nombre por el de República Democrática del Congo (RDC).

36 La American Mineral Fields Inc. (AMFI) es una compañía estadounidense creada en 1995, “[...] forjada –según la revista española *Mundo Negro*– como instrumento para ejecutar en África la voluntad de dominación económica de los financieros occidentales y, particularmente, para realizar en la República Democrática de Congo los planes de compañías americanas que participan en las grandes jugadas estratégicas mundiales”. Según la citada revista, AMFI pretende desmembrar el Congo en micro-estados antagonistas, que dependan de las corporaciones mineras transnacionales. Un plan que ya habían intentado en los sesenta con las rebeliones de las ricas provincias de Katanga y Kasai, que determinaron los acontecimientos del país durante cuarenta años.

37 Ver: <<http://www.am-min.com/index.cfm?fuseaction=kolwezi.home>>.

38 Ver: <http://www.barrick.com/1_Global_Operations/>.

39 Ver: <<http://www.inshuti.org/minerse.htm>>.

Todo parecía salirle bien a Washington, pero cuando Kabila llegó al poder, procedió a renegociar con las compañías mineras la reanudación de las explotaciones, adoptó medidas para crear un sistema impositivo eficiente y restableció la administración, cuyos funcionarios tuvieron que someterse a programas de “reeducación” para erradicar el hábito de la corrupción. Se planteaban como aspectos a introducir: la autoridad, la disciplina, el sentido práctico y la eficacia administrativa y económica (*ibíd.*).

Paralelamente, Estados Unidos esperaba más de su apadrinado regional que había rescindido contratos con multinacionales de ese país en favor de Sudáfrica y Zimbabwe.

Precisamente, en las conversaciones de paz, para tratar de poner fin al conflicto, Olusegun Obasanjo, enviado de las Naciones Unidas a la zona, se reunió con Nkunda, quien aseguró que aceptaba un proceso de negociación con el Gobierno, pero impuso condiciones: negociaciones directas con el Presidente Kabila en el extranjero y con un mediador neutral. Ya sabía que eso no era posible, pues el Presidente había anunciado su negativa de antemano. Además, exigía renegociar los contratos de explotación minera con China, lo que demuestra qué intereses representa Nkunda.

Las acciones de las fuerzas rebeldes internas, apoyadas desde Ruanda y Uganda contra Kabila, determinaron que este pidiera ayuda a los países de la región.

A partir de 1998, la operación conjunta de angolanos (dotados de tanques) desde el Sur, y de zimbabwos (que aportaron unidades blindadas y aviación) y gubernamentales desde el Norte motivó que los rebeldes fueran expulsados de las afueras de Kinshasa, cuando parecía inevitable su caída, el 29 de agosto, así como del puerto fluvial de Matadi y de la central hidroeléctrica de Inga un día después⁴⁰.

Al mismo tiempo, Sudán destinó unos 2 mil soldados al área de Kindu y Chad, ambos al lado de Kabila. La intervención sudanesa complejizaba la situación, pues Uganda tenía diferencias fronterizas con Sudán.

Asimismo, se planteaba que entre las fuerzas que intervenían en el conflicto se encontraban la UNITA, al lado de la nueva AFDL, y con Kabila, 7 mil guerreros interahamwes y otros exiliados hutus ruandeses, y medio millar de soldados burundeses (*ibíd.*).

40 Este éxito inicial solo alejó el peligro inmediato que se cernía sobre la capital; pronto se desarrollaban nuevas conquistas en el frente oriental de la AFDL, que penetró en Katanga (merced al nuevo ordenamiento territorial, que supuso la vuelta a las provincias en lugar de las regiones, Shaba recobró este año su antiguo nombre) a comienzos de septiembre y tomó la estratégica ciudad de Kindu el 12 de octubre, situándose en condiciones favorables para avanzar sobre Mbuji-Mayi y Lubumbashi.

Como se observa, en la guerra estaban implicadas fuerzas gubernamentales y movimientos insurreccionales locales y de los países de la zona.

Por su parte, Angola, Zimbabwe, Namibia, Chad y Sudán enviaron sus cuerpos expedicionarios al lado del Gobierno de Laurent-Désiré Kabila. De igual modo, actuaron a favor o en contra de estos protagonistas directos las milicias antitutsis del Kivu y las guerrillas no congoleñas que luchaban contra los Gobiernos de los países vecinos.

Angola intervino por razones esencialmente políticas y militares, tratando de eliminar el santuario congoleño de la UNITA y evitar la extensión de la guerra al enclave de Cabinda, de donde procede el 70% de su producción petrolera. La determinación de controlar el corredor congoleño de la UNITA y evitar su conexión con las zonas diamantíferas de la provincia congoleña del Kasai (amenazada por la rebelión), es otro aspecto a destacar de su intervención.

La presencia de Zimbabwe (unos 12 mil soldados con apoyo aéreo) ha sido muy polémica. Sin embargo, todos coinciden en que tenía un trasfondo económico, pues el Gobierno de Kabila estaba adquiriendo grandes cantidades de material militar Zimbabwe.

En cuanto a los países que apoyaban a la rebelión congoleña (Uganda, Ruanda y Burundi, respaldados militarmente por Estados Unidos), planteaban que debían asegurar su frontera. Sin embargo, en la práctica demostraron que estaban más interesados en los recursos económicos del este del Congo.

Sudáfrica se implicó activamente, destacándose su papel de mediador. La estabilidad en esta zona favorecería las relaciones políticas entre ambos países y el intercambio comercial, a nivel regional. Además, algunas empresas sudafricanas firmaron acuerdos con Kabila para la explotación de los recursos minerales, agrícolas e hidroeléctricos (Kabunda Badi, *op. cit.*).

Desde el mismo comienzo de las acciones, Kabila y sus aliados del SADC sostuvieron numerosos encuentros cara a cara con los líderes de Uganda y Ruanda. Como mediadores fungieron los Presidentes de Sudáfrica, Tanzania, Zambia y Botswana. Las citas solo produjeron resultados formales que no se ejecutaron sobre el terreno⁴¹.

Los acuerdos de Lusaka, patrocinados por la OUA, la SADC y la ONU, planteaban las causas del conflicto congoleño en el marco global de la crisis de la región de los Grandes Lagos, enfatizando los factores

41 Las reuniones se celebraron en Victoria Falls, Zimbabwe (8 de septiembre de 1998); en París (el 28 de noviembre de 1999, aprovechando la vigésima Conferencia Franco-Africana); en Windhoek, Namibia (18 de enero de 1999); en Lusaka, Zambia (10 de julio de 1999), y en Kampala, Uganda (8 de abril de 2000).

nacionales y regionales. En los acuerdos, se establecían recomendaciones para la resolución del conflicto: el alto el fuego, la retirada de todas las tropas extranjeras, el diálogo intercongolesino que condujera a la reconciliación nacional, el desarme de las milicias, la neutralización de los genocidas de 1994 (diseminados en los países de la zona), y la creación de una Comisión Militar Mixta (JMC), encargada de velar por el respeto al alto el fuego.

En Lusaka se estableció un calendario para la desmovilización de los contendientes, la creación de las comisiones conjuntas política y militar, y la creación de una fuerza de interposición de la ONU.

A pesar de que el frente opositor suscribió los documentos en las semanas posteriores y el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una misión de enlace, MONUC (luego convertida en misión de observación y finalmente en misión de pacificación), los combates no cesaron. A comienzos de noviembre de 1999, la guerra se reanudó abiertamente en los frentes de Ecuador y Kasai, donde los rebeldes denunciaron sendas ofensivas gubernamentales.

LAS NACIONES UNIDAS

No podemos obviar la actuación de la ONU en el conflicto de los Grandes Lagos, pues, precisamente, es uno de los que mejor refleja su inoperancia, parcialidad y manipulación por parte de las potencias occidentales: más que un órgano facilitador, se convierte en aliado y cómplice de las grandes potencias.

En Ruanda sobresale la ineficacia de los mecanismos de prevención de los órganos internacionales y regionales. Algunos funcionarios⁴² de la Unión Europea han reconocido que el caso de Ruanda fue algo más que un problema humanitario, más bien una prueba evidente del formidable fracaso de los instrumentos internacionales de prevención de conflictos.

Aunque los intereses extranjeros coincidían en la necesidad de la estabilidad en África central, la guerra ruandesa se inició en 1990.

En los primeros seis meses del conflicto se conjugaron la intervención de Francia y Bélgica ante la solicitud del gobierno, las iniciativas mediadoras entre las que se incluyó la africana, y el alto el fuego.

Los intereses que se debatieron en torno a Ruanda fueron variados. Francia quería mantener el equilibrio político regional y su influencia en el área; al ser acusada de apoyar a las fuerzas gubernamentales, argumentó que los rebeldes recibían apoyo logístico y de tropas desde Uganda. Algunos observadores plantearon que había algo de

42 Manuel Marín, Comisario Europeo, responsable de la política de cooperación de la Unión Europea.

verdad en ambas partes; pero, a su vez, esto contribuyó a la escalada del conflicto.

En este caso, la respuesta de la comunidad internacional a través de la ONU fue demorada. En marzo de 1993, Francia llevó a la ONU el proyecto de resolución para el despliegue eventual de una fuerza de interposición internacional, toda vez que los franceses hubieran salido del territorio ruandés. La retirada de las tropas francesas del país fue una condición que impusieron los rebeldes del Frente Patriótico Ruandés (FPR) para negociar la paz. En ese momento se examinó la posibilidad de enviar una fuerza multinacional al país, también auspiciada por la OUA. En junio se acordó el envío de observadores.

En octubre de ese mismo año se creó la Misión de Asistencia para Ruanda, con el fin de supervisar el proceso de transición a las elecciones generales previstas para 1995.

Sin embargo, las profundas contradicciones que se debatían en torno al poder no fueron analizadas con justeza, ni se dieron respuestas adecuadas que disminuyeran las tensiones. Los países de la región, aunque gestionaron la paz, no estaban en condiciones de hacerlo, sobre todo porque algunos se habían parcializado en la contienda y la mayoría enfrentaba la necesidad de dar albergue a los miles de refugiados que llegaban desde Ruanda y Burundi, sin contar con las condiciones necesarias.

Los asesinatos de los Presidentes de Ruanda y Burundi en abril de 1994 sobrecargaron la tensa atmósfera existente. Las fuerzas extremistas actuaban en todos los frentes. Bajo estas condiciones, la Misión de la ONU para Ruanda (UNAMIR), que ya contaba con más de 2 mil hombres en el país, bajó sus niveles de actuación entre abril y julio de 1994. La violencia de los combates a principios de junio detuvo las operaciones de los Cascos Azules.

Esta realidad confirmó una vez más que la ayuda y el socorro de los mecanismos de las Naciones Unidas están condicionados por los intereses de las grandes potencias que, en última instancia, determinan el protagonista, el momento y la forma de intervenir en cualquier conflicto.

Mientras tanto, Francia desarrolló la operación Turquesa, so pretexto de sustituir a la ONU, que no solo no condenó esta acción, sino que la permitió. Se repetía el manejo unilateral por parte de las grandes potencias de lo que se entiende por soberanía –en este caso, violada por el país galo.

El 23 de junio se desplegaron tropas de Francia en la zona sudoeste de Ruanda, que ocuparon la quinta parte del territorio. París argumentó prestar asistencia humanitaria a los desplazados

y ayudar a poner fin a la guerra civil. En la práctica, se mantuvo la posición tradicional francesa hacia el área, que intentaba salvar de la derrota a sus aliados, y no dar espacio a Estados Unidos. A pesar del “esfuerzo” francés, medio millón de personas fueron asesinadas, los refugiados sumaron millones y el gobierno extremista fue derrocado.

Fue en esta zona tapón, frontera con Zaire, en la que se refugió el gobierno derrotado. La actuación francesa posibilitó que el ejército y los funcionarios del depuesto gobierno huyeran hacia Zaire, su tradicional aliado, lo que trajo consigo que la crisis ruandesa llegara a convertirse en una crisis regional.

Activistas de los derechos humanos acusaron a París de evitar la captura de los responsables del genocidio en Ruanda, al permitir a las fuerzas gubernamentales refugiarse en esta zona de seguridad.

La lentitud de las acciones no solo se reflejó en este momento, sino después, cuando se solicitó con urgencia la creación de un tribunal internacional que juzgara y condenara a los culpables de la masacre de medio millón de personas en prácticamente catorce semanas⁴³.

El día 3 de julio se iniciaron conversaciones para el cese al fuego, que fueron aplazadas, ya que proseguían los combates. Comenzaban a denunciarse las características de esta guerra y, en gran medida, empezaba a sensibilizarse la comunidad internacional. Aun así, en Ruanda se demostró las contradicciones de intereses entre diversas potencias, y el papel que cada una de ellas quería desempeñar en la zona oriental africana.

En otro ámbito, desde el inicio de los combates en el este de Zaire en 1996, se hizo presente el clamor mundial por el riesgo de una nueva “catástrofe humanitaria”. El dilema central que emergió fue en torno a si debía garantizarse la permanencia de los refugiados hutus ruandeses dentro de Zaire o promover su repatriación. Esta polémica asumió ribetes fuertemente políticos que desgastaron el prestigio de varias respetables instituciones humanitarias.

La ONU no contó con el apoyo estadounidense, en medio del avance de las fuerzas contra Mobutu. A pesar de la catástrofe humanitaria en la región, no apoyó “mecanismos” para ayudar a más de

43 La ONU nombró un equipo para investigar los crímenes cometidos e intentar identificar a los responsables. Dicho tribunal llegó a Ruanda el 22 de agosto de 1994 y, a pesar de que comprobó los hechos, la aprobación de su creación no solo demoró, sino también prolongó el juicio a los criminales –solo el 27 de junio de 1995 se efectuó la primera sesión del tribunal–, por contradicciones dentro del Consejo de Seguridad, y entre este último y el gobierno ruandés. Esta situación influyó sobremanera en la estabilidad del país.

un millón de personas. De nuevo, el elemento “refugiado” era manipulado. La mayoría de los más involucrados e interesados en la zona –a escala regional e internacional– consideraron que la guerra “resolvería” un problema que hasta el momento no había tenido solución: el retorno de los refugiados⁴⁴. Francisca Sauquillo y Josep Pons Grau (1997) señalan:

Todas las organizaciones humanitarias, en una posición sin precedente histórico, mantienen la necesidad de desplegar en el Zaire la operación autorizada por el Consejo de Seguridad. Y decimos sin precedente histórico porque tan solo unos años atrás el anuncio de un operativo militar con fines humanitarios hubiera desatado un vivo debate sobre “injerencia”, “injerencia humanitaria o democrática”.

En este caso, el factor exógeno se expresó a través de la *ausencia* de una acción directa. Estados Unidos desempeñó un papel protagónico contrario a la intervención. Si tuviéramos que resumir la posición estadounidense, citaríamos a Warren Christopher en su visita de octubre de 1996 a Tanzania, cuando planteó: “Creemos que es hora de cerrar los campamentos cercanos a la frontera con Ruanda que son la mayor amenaza de seguridad” (Reuter, 1996). La catástrofe humanitaria que se desató en el este de Zaire y la pasividad mostrada por algunas potencias de intervenir probaron que solo donde hay “interés” la acción humanitaria es posible⁴⁵.

Otro ejemplo de la ineficacia y la parcialidad de las Misiones de Paz –independientemente de las buenas intenciones e incluso la pérdida de vida de miembros de las Naciones Unidas– es la Misión de Naciones Unidas para el Congo (MONUC).

Cuando se firmó el alto al fuego en Lusaka (julio de 1999), el Consejo de Seguridad creó la MONUC. El 24 de febrero de 2000, el Consejo amplió su mandato y la cantidad de efectivos (resolución

44 Si recordamos la “acción humanitaria” en Somalia, comprenderemos el punto de vista de que solo donde el interés de determinados actores internacionales esté presente la “intervención humanitaria” es posible. Sin embargo, esto nos demuestra que detrás de esa acción “humanitaria” hay otros intereses, como en el caso del conflicto de los Grandes Lagos.

45 El 15 de noviembre, justo cuando acababa de cuajar el consenso occidental con vista a enviar un contingente militar multinacional a la región de los Grandes Lagos, la situación humanitaria sobre la cual se había sustentado esa determinación comenzó a cambiar tumultuosa y radicalmente. Los ruandeses comenzaron a regresar a su país. Entre el 15 y el 17 de noviembre, cruzaron la frontera de regreso a Ruanda unos 400 mil refugiados en total, en una enorme masa humana ininterrumpida. Para el día 18, el flujo de retorno disminuyó de manera notable. En diciembre se desarrollaron las primeras operaciones de socorro aéreo desde el inicio de la crisis del Zaire.

1291). Dentro de sus facultades, estaba velar por la aplicación del cese al fuego, el desarme, la desmovilización y el reasentamiento de los grupos armados, así como la protección a los civiles. En la práctica, una vez más, las acciones de Naciones Unidas no han sido efectivas.

A pesar de la presencia de los Cascos Azules, la situación se ha mantenido incontrolable; no solo eso, sino que se evidencia una vez más a quién responden realmente esas misiones de paz. Sirva un ejemplo para describir la situación en el este del Congo: son numerosas las manifestaciones de la población congoleña contra los Cascos Azules, denunciando que no solo no les defienden de Nkunda, sino además les han visto transfiriendo armamento y víveres a las tropas de Nkunda y dándole apoyo logístico –por ejemplo, dejándoles usar vehículos y helicópteros.

CAUSAS DE LA CONTINUIDAD DEL CONFLICTO

Entonces, ¿por qué se mantiene la guerra? ¿A qué intereses responde esta guerra?

Podríamos decir que se mantiene debido a los intereses de países de la región y extrarregionales. En el primer caso, destaca Ruanda; en el segundo, Estados Unidos. Estos y otros países se benefician por el tráfico de minerales y por el control de los recursos del país y, además, han visto perjudicados sus intereses por la irrupción de las compañías mineras chinas. Los gobiernos de Occidente necesitan a *alguien de confianza* en la Presidencia de la República Democrática de Congo, con el fin de asegurarse el reparto de los contratos de explotación minera según sus intereses⁴⁶.

Debemos tener en cuenta que Ruanda –y Uganda– tienen sus propios intereses. Ruanda ha mantenido de forma constante la reivindicación territorial del Kivu congoleño basándose en que, antes de la colonización, estas tierras estaban dominadas por un monarca tutsi⁴⁷. Además, participan activamente en la extracción y contrabando de los minerales de la región este de Zaire.

Por lo que un actor interno recibe el apoyo de un país limítrofe, aliado de las potencias occidentales. Estas últimas representan y apoyan a las

46 Josep Kabila ha realizado importantes contratos mineros con compañías chinas por valor de 9 mil millones de dólares, lo que reducía el beneficio de las multinacionales mineras occidentales en el Congo.

47 El Estado ruandés ha rechazado siempre la idea de una anexión territorial del Kivu Norte y Sur, porque le condenaría a una guerra sin fin con Kinshasa. Su estrategia es lograr una balcanización previa del país vecino: con un Congo roto en varios trozos, sería fácil dominar unos Kivus independientes.

multinacionales. De hecho, las ONU hizo una investigación y las conclusiones fueron que se trataba de una guerra dirigida por “ejércitos de empresas” para hacerse con los metales de la zona, acusando directamente a *Anglo-América, De Beers, Standard Chartered Bank* y cien corporaciones más. Todas negaron estar involucradas, mientras que sus gobiernos presionaban a la ONU para que dejaran de acusarlas (Iglesias, 2008).

[...] detrás de todo ello están las multinacionales de estos países occidentales, que ven con pánico que China empiece a firmar contratos con el Gobierno Congoleño, pues su necesidad de materias primas es enorme. Así que por una parte estas multinacionales están sacando del Congo miles y miles de toneladas de minerales de muy alto valor sin pagar nada al gobierno congoleño, y financiando guerrillas por diversas partes del país para poder seguir saqueando el Congo a un coste muy bajo. Por otro, China ofrece por los minerales importantes cantidades de dinero y posee bastante liquidez, lo que supondría una importante ayuda para sacar al país de la miseria. Por último, los minerales llevan catorce años saliendo por los países vecinos –principalmente por Ruanda– y están sirviendo para enriquecer a importantes grupos mafiosos, que blanquean este contrabando⁴⁸.

El conflicto de los Grandes Lagos es paradigmático. Primero, ha pues- to en evidencia cómo las contradicciones y pugnas pospuestas y alenta- das por el proceso colonizador se manifestaron en la descolonización; segundo, ha demostrado la injerencia sistemática de actores extrar- regionales que se han apoyado en protagonistas internos, regionales e in- ternacionales (ONU), y tercero, ha evolucionado, a partir de los interes- es y los actores endógenos y exógenos, de conflicto interno a regional.

Aunque se ha avanzado en la “tranquilidad” del área, continúan subyaciendo contradicciones “antiguas” por dirimir. Esperemos que finalmente llegue la paz a esa región, donde la población es la que más ha sufrido las consecuencias de la guerra.

48 Los casos de M.P. Chevalier y M. Makamuza constituyen claros ejemplos del entramado de intereses implicados en el negocio de la explotación minera. Chevalier, ex representante especial del Gobierno belga en el Consejo de Seguridad de la ONU, tuvo que dimitir cuando se reveló que ocupaba un importante puesto dentro del Grupo Forrest, una importante empresa minera belga. Supuestamente habría utilizado su mandato para favorecer a la empresa en la gestión del sector minero en el Congo. *Somikivu* es la empresa que realiza la extracción del pirocloro en la mina de Lueshe. El 70% de *Somikivu* pertenece a la alemana *Gesellschaft* y la compañía rusa *Connrus* es la encargada de comprar el 100% de la producción de pirocloro que sale de la mina. Su actual dirigente, M. Makamuza, un tutsi de Kivu Norte, es un aliado de Nkunda y muy amigo del Presidente ruandés, Paul Kagame (Lloveres y Lucas, 2008).